

La imaginación de la realidad

Juan Villoro

En el *hit-parade* de nuestros lugares comunes el indiscutible triunfador del momento es: "En México la realidad supera a la ficción". Es obvio que en el país de las aguas frescas pasan cosas que no se le ocurren a los escritores. Si lo real es que la policía contrate a una vidente para hallar un cráneo en la finca del hermano del presidente, ¿qué puede hacer la invención? ¿Hay alguien suficientemente raro para imaginar a *La Paca*? Un rumor apocalíptico recorre las aulas universitarias, los restaurantes de La Condesa y los medios informativos: "¡los novelistas se han quedado sin trabajo!" ¿Dónde están los tigrillos de la acción, dispuestos a competir con las intrincadas tramas del Cártel del Golfo, dónde los iluminados capaces de concebir a un personaje como el *Señor de los Cielos*, que combinó el carisma religioso con los negocios sucios y la aviación civil, y murió en las planchas de la liposucción?

Comparados con la abultada realidad, los novelistas parecen parques redactores de catálogos. Sin embargo, antes de proseguir el argumento, conviene beber un poco de agua y preguntar: ¿qué idea del escritor prevalece en el país de la revolución institucional?

La opinión pública, forjada en el rumor, las telenovelas y los opinionistas de la prensa, supone que el arte de fabular depende del exceso: una trama "imaginativa" ofrece una superproducción de arbitrariedades; lo importante es lo inesperado. Esta idea de la creación literaria está calcada de la realidad, donde las sorpresas ocurren sin que nadie venga a justificarlas.

Sin embargo, la literatura ve las cosas de otro modo. En *Aspectos de la novela*, Forster observa que las tramas literarias requieren de un sentido de la consecuencia. Si una reina muere y luego muere el rey, estamos ante una anécdota. Si el rey muere *porque* murió la reina, estamos ante una historia. Un desenlace no es bueno por insólito sino porque, siendo insólito, establece un vínculo congruente con lo que pasó antes. Esto es lo que distingue a los hermanos Karamasov de los hermanos Ruiz Massieu.

Para el escritor, las mejores historias tienen una causalidad imprevisible. Un poco antes de morir, Chéjov anotó en su cuaderno de apuntes: "Un hombre va al casino. Gana una fortuna. Se pega un tiro". El secreto de esta



Esther Hernández Palacios y Juan Villoro.

trama aún no escrita consiste en encontrar el vínculo entre el triunfo y el suicidio: el hombre se mata *porque* ganó. La sorpresa no es que pase algo extraño sino que eso tenga una lógica. Sin ese eslabón de sentido, la historia es insulsa; se parece demasiado a los caprichos de la vida real.

Pero no sólo la forma de contar aparta a los narradores de las cosas que pasan ante sus ojos; también los temas le merecen otra valoración. Los tornados y las desgracias nacionales no son, en sí mismos, grandes asuntos literarios. Por el contrario, las mejores tramas se pueden resumir con estremecedora sencillez. *La Odisea* es, a fin de cuentas, la historia de un hombre que trata de volver a su casa.

Sin embargo, en una sociedad refractaria a la cultura de la letra, el escritor suele ser visto como un tipo que dispone de una imaginación frenética, alguien capaz de urdir peripecias dignas de *Misterios de lo desconocido*.

A más de 20 años de *Guerra de las galaxias*, conviene recordar que ni siquiera las novelas de ciencia ficción cautivan por sus efectos especiales. El principal rasgo literario del viajero del tiempo de H. G. Wells es el endeble talismán que trae de los días futuros, una flor marchita. La literatura depende más de estos detalles que de las novedosas fechorías de una época.

De acuerdo con Mark Twain, la diferencia entre la realidad y la ficción es que la realidad no necesita ser verosímil. Los cataclismos suceden porque sí, sin preocuparse de lucir auténticos. La vida real tiene una imaginación abusiva.

La rica descomposición de la sociedad mexicana no ha causado una sola baja entre los escritores. Las historias perdurables que salgan de esta época serán como las que los rapsodas contaron en las primeras playas o como la singular epopeya de *Solaris*: en el espacio exterior, a miles de años luz de la civilización que lo envió a ese planeta extraño, un hombre se cura de la soledad acariciando un objeto inútil y entrañable, la llave de su casa.

Fue en un momento de profunda reflexión que me acordé de un episodio de mi vida que me había pasado desapercibido. Era un día de esos días que se viven en la ciudad de México, cuando el viento levanta el polvo de las calles y el ruido de los autos se mezcla con el sonido de las campanas de las iglesias. Yo estaba sentado en un banco de la plaza y miraba hacia el cielo, pensando en la soledad que me rodeaba. En ese momento, un hombre se acercó a mí y me mostró una llave que le había encontrado en la calle. Me dijo que era una llave antigua y que me parecía familiar. Yo le miré con curiosidad y él me contó que había estado en un lugar muy lejano, un planeta extraño, y que allí había encontrado una llave que era exactamente igual a la que yo tenía en mi casa. Me quedé pensando en eso durante días y me di cuenta de que esa llave era en realidad un objeto inútil y entrañable, la llave de mi casa.

Yo me acordé de un episodio que me había pasado desapercibido. Era un día de esos días que se viven en la ciudad de México, cuando el viento levanta el polvo de las calles y el ruido de los autos se mezcla con el sonido de las campanas de las iglesias. Yo estaba sentado en un banco de la plaza y miraba hacia el cielo, pensando en la soledad que me rodeaba. En ese momento, un hombre se acercó a mí y me mostró una llave que le había encontrado en la calle. Me dijo que era una llave antigua y que me parecía familiar. Yo le miré con curiosidad y él me contó que había estado en un lugar muy lejano, un planeta extraño, y que allí había encontrado una llave que era exactamente igual a la que yo tenía en mi casa. Me quedé pensando en eso durante días y me di cuenta de que esa llave era en realidad un objeto inútil y entrañable, la llave de mi casa.

Yo me acordé de un episodio que me había pasado desapercibido. Era un día de esos días que se viven en la ciudad de México, cuando el viento levanta el polvo de las calles y el ruido de los autos se mezcla con el sonido de las campanas de las iglesias. Yo estaba sentado en un banco de la plaza y miraba hacia el cielo, pensando en la soledad que me rodeaba. En ese momento, un hombre se acercó a mí y me mostró una llave que le había encontrado en la calle. Me dijo que era una llave antigua y que me parecía familiar. Yo le miré con curiosidad y él me contó que había estado en un lugar muy lejano, un planeta extraño, y que allí había encontrado una llave que era exactamente igual a la que yo tenía en mi casa. Me quedé pensando en eso durante días y me di cuenta de que esa llave era en realidad un objeto inútil y entrañable, la llave de mi casa.